



Nadie puede decir «tengo la verdad» – esta es la objeción que se plantea – y, efectivamente, nadie puede tener la verdad. Es la verdad la que nos posee, ¡es algo vivo! Nosotros no la poseemos, sino que somos aferrados por ella. Dios se ha hecho tan cercano a nosotros que él mismo es un hombre: esto nos debe desconcertar y sorprender siempre de nuevo. Él está tan cerca que es uno de nosotros. Conoce al ser humano, lo conoce desde dentro, lo ha experimentado con sus alegrías y sus sufrimientos. Como hombre, está cerca de mí, está «al alcance de mi voz».

**Benedicto XVI**

El mayor milagro, el que sorprendía cada día a los discípulos, no era el de las piernas enderezadas, la piel restaurada o la vista recuperada. El mayor milagro era una mirada reveladora de lo humano a la que nadie podía sustraerse. No hay nada que convenza tanto al hombre como una mirada que aferre y reconozca lo que él es, que haga que el hombre se descubra a sí mismo. Jesús veía dentro del hombre; nadie podía esconderse ante él; en su presencia la profundidad de la conciencia no tenía secretos.

**Luigi Giussani**